

# DESPUES DEL VIETNAM, ¿ISRAEL?

Lo mismo en El Cairo que en Tel-Aviv, el ciudadano medio comienza ya a pensar que la actual situación de «ni guerra ni paz» es un callejón sin salida del que conviene salir cuanto antes, una situación en las que le mantienen unos gobiernos obstinados, unos aliados que empiezan a resultar sospechosos. En una palabra, están hasta la coronilla. ¿Ha llegado entonces la hora de negociar? ¿Cabe esperar una solución a los problemas de Oriente Medio ahora que la paz, por difícil que resulte, parece haber llegado por fin a Vietnam? Un síntoma esperanzador lo constituye la aparición en escena de los cabellos rizados y las gafas de montura negra de mister Kissinger. En efecto, el enviado especial del Presidente, aunque con un pie todavía en Asia, estuvo por primera vez presente en las conversaciones Nixon-Hussein. Por otro lado, se anuncia su próxima presencia en París, donde debe reunirse con el egipcio Hafez Ismail. Y ya se sabe que por donde pasa Kissinger...

A pesar de los diversos signos esperanzadores, no hay que hacerse demasiadas ilusiones: el camino de la paz en el Oriente Medio será largo y difícil. Por una razón muy sencilla: si se exceptúa a Egipto, al que urge encontrar una solución, prácticamente nadie está interesado en mover precipitadamente los peones sobre el tablero mundial. En efecto, Nixon y Brejnev firmaron en mayo de 1972 un acuerdo detallado, explícito de no agresión («mutual restraint») en esa región del mundo, que ha quedado repartida, desde hace un año, en zonas de influencia recíprocamente aceptadas: los soviéticos conservan sus posiciones en los mares cálidos, pero no se esforzarán en extenderlas; los americanos, por su parte, consienten en no «recuperar» a Egipto, aunque han recibido a cambio seguridades sobre la fidelidad política de los países árabes que los abastecen de petróleo.

El único riesgo realmente serio que aún quedaba ha sido eliminado: el de un enfrentamiento URSS-Israel desencadenado, voluntariamente o no, por alguna iniciativa militar egipcia. En efecto, no es simple casualidad el que Brejnev haya aceptado con bastante flemma la expulsión de los consejeros soviéticos en Egipto: La URSS aprovechó inmediatamente la ocasión para llamar también a casa a la mayoría de las misiones operativas sin dejar en el terreno más que a los instructores no combatientes.

Liberados de lo que hubiese podido convertirse para ellos en una especie de Vietnam, los soviéticos creen tener la situación egipcia perfectamente controlada (tanto más cuanto que envían a El Cairo municiones y piezas sueltas con cuantagotas). ¿Para qué hacer nada entonces? ¿Para qué modificar un «statu quo» ventajoso? ¿Por qué secundar —si no es con palabras— una solución pacífica que entraña-

## Arabes e israelíes desean la paz, y las grandes potencias parecen también interesadas...

ría un apartamiento total de los soviéticos o que, por lo menos, no justificaría ya su presencia en aquella zona? Lo que no impide, claro está, hacer concesiones que se saben de antemano inaceptables para los israelíes...

### Coche comando y helicóptero

La prudencia quiere, por el contrario, que la URSS se extienda más allá de Egipto. El nuevo punto de apoyo elegido es el Irak, país proveedor de petróleo. También se han hecho proposiciones a Libia (proposiciones que han sido escuchadas): al igual que los Estados Unidos (que han calculado ya el precio del petróleo saudí reinyectado en los viejos pozos abandonados de Tejas), los soviéticos quieren guardar ahora intactas sus «reservas estratégicas» de energía. Para ello, ¡nada mejor que contar con abastecedores árabes complacientes y cooperativos!

Los americanos, por el contrario, no permanecen inactivos. En Washington se perfilan tres posturas distintas. La del Departamento de Estado es la más «activista». William Rogers declara que los Estados Unidos están dispuestos a recibir a una personalidad egipcia, y anuncia una gran ofensiva diplomática. Pero, ¿qué peso tiene hoy William Rogers? «Muy débil —responde un alto funcionario americano—. Cuando Rogers se avino a quedarse en el pasillo, en Pekín, mientras Nixon y Kissinger conversaban con Chou En-Lai, firmó su propia sentencia de muerte».

La postura del Pentágono, por el contrario, ha cambiado totalmente: para los militares americanos, liberados por fin del problema vietnamita, lo importante es conservar en esta región conflictiva algún baluarte: y este baluarte sólo puede ser el Estado de Israel, un Israel superarmado con respecto a sus vecinos; un equilibrio de fuerzas, aunque sólo fuera aparente, formal, sería una tentadora oportunidad de revancha para los países árabes. Entre el Departamento de Estado y el Pentágono, Nixon calla y reflexiona: ¿debe continuar su carrera de «pacifista» en el Oriente Medio? ¿Puede arriesgar su recién conquistado prestigio en este embrollo mucho menos peligroso, aunque infinitamente más complicado que el de Vietnam? Es verdad que será preciso, a la larga, reconquistar la amistad de los países árabes petroleros, pero Nixon

piensa —según dicen— que por el momento no hay prisa... Pero la situación en el Oriente Medio no está bloqueada sólo por arriba. Contrariamente a lo expresado en las declaraciones oficiales u oficiosas, ni a Israel ni a Jordania les interesa realmente firmar un acuerdo de paz por separado. Golda y Hussein han mantenido ya largas conversaciones sobre este tema en Ein Yahav —pequeña aldea en pleno desierto, a mitad de camino entre el mar Muerto y Eilat, donde ambos estadistas se reúnen con cierta frecuencia—. Hussein suele trasladarse en coche comando; Gol-

Hussein también tiene sus problemas. Además del inconveniente que para el pequeño Rey supone el hecho de ser el primer Jefe de Estado árabe en haber renunciado a determinados territorios, Hussein se vería obligado a asumir la horrible tarea de mantener el orden en los territorios palestinos recuperados. Esto es más o menos factible en Cisjordania. Pero, ¿qué pasaría en Gaza? «Imaginos —le dijo Golda— que los blindados jordanos tuviesen que atravesar todo Israel para sofocar una previsible subversión en Gaza». No, Hussein no se lo imagina. Más vale dejar que sea Israel quien se encargue directamente del mantenimiento del orden en esos territorios, ya que la paz de facto entre Israel y Jordania representa para éste último país ciertas ventajas económicas en absoluto deleznable (entre ellas un puerto franco en Gaza).

Todo marcharía, pues, de perlas si no existiese Egipto. Egipto, cuya situación económica va de mal en



da, menos deportista, lo hace en helicóptero. El tono de las conversaciones es cordial, afectuoso incluso. «Yo conocí muy bien a vuestro abuelo —dice Golda—, y puedo aseguráros que no me hubiese hecho una cosa así. Habéis anunciado vuestro proyecto de federación palestino-jordana sin advertirme».

En el fondo, sin embargo, ambos estadistas están de acuerdo: Golda no quiere entablar negociaciones con Jordania antes de las elecciones israelíes previstas para el próximo mes de noviembre, y cuya proximidad explica las recientes pujas anexionistas de hombres como Moshe Dayan y Begin.

Será, en efecto, con el Rey Hussein con quien habrá que discutir los puntos más litigiosos del contencioso árabe-israelí. Antes de firmar el acuerdo con Jordania habrá que considerar una serie de problemas cruciales: ¿qué territorios devolver? ¿Hebrón? ¿Jerico? ¿Qué hacer con Jerusalén?... Habrá que esperar, pues, a las elecciones.

peor: este año, el país ha gastado mil millones de libras (entre el 30 y el 40 por 100 de su producto nacional bruto) en gastos militares. A falta de inversiones y debido a la carestía de materias primas, el índice de crecimiento de la economía en 1972 volverá a ser equivalente a cero (por tercera vez consecutiva). Mientras tanto, la población continúa aumentando a un ritmo del 2,5 por 100 anual, y los precios registraron en el transcurso del año pasado un ascenso del 12,5 por 100. El déficit de la balanza de pagos ha alcanzado los 176 millones de libras egipcias (1), y la producción de petróleo descendió de 16 millones de toneladas en 1971 a nueve millones en 1972. De hecho, sin la URSS Egipto se hundiría: el 68 por 100 de sus exportaciones se dirigen hacia los países del Este, y la URSS es a la vez el mayor abastecedor y el primer cliente. Tam-

(1) Una libra egipcia equivale a dos dólares aproximadamente.



Quando Mohamed Hafez Ismail, consejero en asuntos de seguridad nacional del Presidente Sadat (sobre estas líneas), se disponía a ser recibido por Nixon, los cazas israelíes enturbian, con su acción sobre un avión civil libio, el panorama de Oriente Medio. En la foto de la página contigua, Moshe Dayan se dirige a los periodistas para explicar la decisión que supuso la muerte de un centenar de personas inocentes.

bién el más importante acreedor: la deuda civil exterior es de aproximadamente 800 millones de libras; la deuda militar, de aproximadamente 2.500 millones de libras. ¿Cómo devolver ese dinero? Moratorias, préstamos, todos los medios son buenos, pero también insuficientes.

Tampoco la situación política interior es más brillante. Mediante provocaciones y detenciones preventivas, Sadat ha conseguido salir airoso de más de una prueba. Pero los estudiantes se reagrupan. Y hay sectores que los apoyan dentro del Ejército. En efecto, los militares se negaron a intervenir directamente contra los manifestantes estudiantiles en los últimos disturbios de enero. ¿Qué quieren los estudiantes, los intelectuales? En el transcurso de una reunión secreta en la que participaron representantes de todas las Universidades egipcias y que se celebró en la Universidad de Ein-Chams de El Cairo la última semana de enero, los estudiantes instaron a Sadat a que pudiese las cartas sobre la mesa y se explicase públicamente sobre las causas de la derrota. También exigieron que se pronunciase de una vez y con claridad sobre la guerra y la paz. «¡Si puede hacer la guerra, que la haga! ¡Si no, que lo diga claramente y saque las consecuencias!» —nos explica un estudiante egipcio, quien añade—: «Esto último significa que Sadat habrá de resignarse a reconocer a Israel e incluso a discutir directamente con Golda Meir. Pero una vez que haya andado este camino y haya extraído de la arena su cabeza de avestruz, debe mostrarse firme y reclamar, en las ne-

gociaciones bipartitas, la devolución de nuestros territorios indebidamente ocupados... No nos referimos a Gaza, sino a Suez y a todo el Sinaí. Si Israel se niega a ello, todo se aclarará. Reanudaremos la lucha para liberar al país, con la diferencia de que entonces sabremos por qué luchamos».

Sin embargo, los estudiantes ignoran hasta qué punto la diplomacia egipcia está actualmente marcada por Libia: los dólares libios son argumentos poderosos en las discusiones entre árabes, y una de las razones esenciales del último viaje de Sadat a Trípoli fue la de conseguir que el caprichoso coronel Khadafi desbloquease el préstamo de treinta y seis millones de libras egipcias prometidas por Libia hace algún tiempo.

En estas condiciones, el margen de maniobra diplomática del Presidente egipcio es muy exiguo: ¿Qué puede hacer emparedado como está entre Moscú y Trípoli? Nada. Sadat forcejea y sólo consigue enfangarse más y más. En torno a un Egipto en proceso de disgregación, todo parece como suspendido. ¿Es el principio del fin? ¿O se trata, por el contrario, del lento madurar de un nuevo conflicto? Hay ciertos indicios que parecen apuntar a una nueva, aunque morosa, removilización suicida: «¡Como estamos metidos en un callejón sin salida, haremos saltar todo por los aires, atacaremos, provocaremos una respuesta violenta y brutal de Israel, que nos permitirá volver a empezar desde cero!». Remedio de caballo éste, pero el estado del enfermo no permite más vacilaciones. ■ JOSETTE ALIA.

